
Cuerpo, poder y placer.

Disputas en hombres jóvenes de sectores empobrecidos [1]

Publicado en la Revista Pasos Nro.: [125-Segunda Época 2006. Mayo - Junio](#).

Por: Klaudio Duarte Quapper

Temas: Temas: [Jóvenes](#) | [Mujer, Género y Feminismo](#) |

Klaudio Duarte Quapper[2]

1. A propósito del contexto latinoamericano y caribeño

*Para vos, lo peor
es la libertad.
Estoy rodeado de viejos vinagres,
todo alrededor.
SUMO*

Para iniciar la conversación es necesario señalar algunos factores del contexto en que nuestras sociedades de el Caribe y América Latina se encuentran hoy, y que nos dan un cierto panorama desde el cual hemos de mirar las experiencias juveniles de los países de la región y también las posibilidades de realizar acciones y movilizaciones para la construcción de relaciones de género tiernas y liberadoras.

Un primer factor es la creciente agudización de las diferencias entre sectores ricos y empobrecidos de nuestros países, fruto de un sistema económico de mercado, que sustentado por la ideología neoliberal, se organiza a partir de la exclusión de grandes sectores de la población y con la generación de condiciones inhumanas para la vida de esos grupos. Estos efectos se vuelven más perversos a la luz de un discurso que resalta como logro del mismo sistema, la existencia de indicadores macroeconómicos positivos, pretendiendo con eso acallar las críticas que reclaman por la inequidad cada vez más alta en acceso a educación de calidad, atención de salud pertinente y oportuna, en acceso al trabajo con condiciones y salarios dignos, en condiciones de vivienda y vestido que fortalezcan la autopercepción de dignidad y felicidad en la población, entre otras carencias.

Una mirada aguda desde las realidades permite ratificar lo que señalamos en las comunidades con que día a día y noche a noche nos vinculamos en nuestras experiencias organizativas y educativas. Ellas nos muestran lo dramático de esta situación y los efectos —quizás sin retorno— que se están produciendo en esta población. Irrita lo que este proceso está causando en niños, niñas y jóvenes de sectores empobrecidos y capas medias.

En el ámbito político, la tendencia más fuerte en este momento se relaciona con la creciente desmovilización de la población respecto de las situaciones que cotidianamente les afectan. Las fórmulas tradicionales de hacer política, amparadas en prácticas políticas elitistas y efectistas, van produciendo en las comunidades sensaciones de desgano acerca de las posibilidades reales de incidir en las decisiones que tienen implicancias en sus vidas. Grafican lo anterior, el bajo nivel de participación de diversos grupos sociales en organizaciones tradicionales como partidos políticos, federaciones estudiantiles y sindicatos, entre otras; así como el alza en la abstención de votar en los procesos electorales.

A nuestro juicio, la sensación que existe en los mundos juveniles en este ámbito es de bronca y malestar en relación a un mundo al que perciben como viejo y corrupto, que toma decisiones y cada vez les excluye más de esa posibilidad, a pesar de que el llamamiento público es a la participación, pero ello se hace con la condición de

que se integren según las normas que ese mundo adulto ha definido. Es decir participación fragmentada, sin contenidos y sin crítica social. Así, las posibilidades de construir y ejercer derechos, de ejercer ciudadanías activas y deliberantes y las posibilidades de empoderarse en sus procesos identitarios, aparecen lejanas y llenas de obstáculos. Preocupan los efectos de esta situación en niños, niñas y jóvenes de sectores empobrecidos y capas medias.

En el ámbito de lo cultural —como construcción social de ciertos procesos simbólicos que inciden en los estilos relacionales de cada sociedad, entre los diversos sujetos y de cada cual consigo mismo y su entorno— el factor central en este momento de nuestra historia tiene que ver con el abandono de la esperanza. A nuestro juicio, lo que se viene imponiendo desde las agencias de dominación, desde los países más ricos del planeta, es la noción de que no hay posibilidades de cambio y que la historia marcha hacia la única alternativa posible, que es un mundo controlado y dirigido por dichas potencias y que ha de vivirse y pensarse conforme ellas nos van señalado. Estas fuerzas poseerían una capacidad que resulta incontrarrestable y por lo tanto pueden decidir lo que se debe hacer, pensar y sentir. Quien pretenda contradecir dicha máxima, pagará con la muerte o similar: invasión, embargo, contaminación, contagio, ataque de virus, castración, entre otros mecanismos propios del poderío militar, económico, simbólico y de la alta tecnologización.

En este ámbito cultural lo que se muestra es que se puede sobrevivir, pero dentro de esta noción de progreso asociada al acceso a los bienes materiales que el mercado, en sus distintas expresiones, ofrece seductoramente. Así nos encontramos con importantes grupos sociales que han hecho de su vida el consumir y consumir, como una forma de sentirse integrados a esta idea de sociedad, que se sienten ciudadanos si utilizan la tarjeta de crédito y se perciben vivos y con identidad si compran o utilizan alguno de los productos que se imponen en la moda[3]. Esta situación tiene efectos de frustración en niños, niñas y jóvenes de sectores empobrecidos y capas medias.

En el ámbito social, una de las situaciones que mayor tensión produce en nuestros países es la tendencia siempre más fuerte al ensimismamiento en la población, que se grafica en el aislamiento de los otros y otras, la desconfianza en las personas cada vez más globalizada y el apego a la competencia como arma para derribar a cualquier supuesto oponente en la carrera hacia el éxito. En ese sentido, desde la pregunta por la organización social, uno de los efectos perversos más delicados de este tiempo es la creación sistemática de desconfianzas entre los miembros de las comunidades locales, en particular por medio de la estigmatización de ciertos sujetos[4].

Es notoria la permanente campaña que existe para mostrar a las y los jóvenes de sectores empobrecidos como culpables a priori de todos los males que acontecen en la actualidad: delincuencia, drogadicción, Infecciones de Transmisión Sexual (I.T.S.), entre otras. De esta forma se les criminaliza y de paso se eluden las responsabilidades que otros actores, principalmente del mundo adulto y sus instituciones sociales, han tenido en la existencia y propagación de estas tensiones sociales. Esta criminalización de las y los jóvenes empobrecidos y de capas medias enoja y provoca broncas en muchos de ellos y ellas.

Está difícil este tiempo. Son diversas las complicaciones y los dolores sociales. Son amplias las inequidades que se producen cotidianamente. También aumenta la sensación de que no existen alternativas a la configuración dominante del mundo rico.

Sin embargo, podría ser desesperanzador este panorama si solo consideráramos las fuerzas del mal. Si creyéramos que solo existe aquello que nos dejan ver con sus lentes. Si les regaláramos o cediéramos nuestra capacidad de mirar con ojos críticos la realidad que cotidianamente vivimos y dejáramos de soñar que es posible construir relaciones justas, amorosas, solidarias y una sociedad humanamente habitable.

Como no estamos dispuestos a ceder o regalarles nada, más bien lo que hacemos, como ejercicio analítico, es denunciar para anunciar, derribar para construir, arrancar para plantar. Así, no es pesimismo el que nos anima, sino que es nuestro optimismo bien informado el que nos lleva a analizar de esta forma. Por eso, lo que sigue ha de comprenderse vinculado a este contexto y como producto de él.

2. Experiencias de sexualidad en ese contexto

*Sexo compro,
sexo vendo,
sexo arriendo,
sexo, sexo, sexo...
Los Prisioneros*

Las vivencias de la sexualidad, en este contexto, resultan fuertemente incididas por las carencias materiales en

que vive buena parte de la población y también por el discurso dominante que tiende a resaltar valores con orientación conservadora. Este discurso insiste en plantearse desde la lógica de una sexualidad centrada mayormente en las prácticas asociadas a la reproducción y a la constitución de familias nucleares, concebidas como la unidad básica de la sociedad.

Desde esa racionalidad, las experiencias de sexualidad son promovidas como una cuestión individual y privada que no merece —ni necesita— ser compartida con otras y otros, tampoco requiere ser un tema del que se hable en la sociedad. Esto es, se le pretende dar el carácter de tema prohibido y de tema sobre el cual ya existen ciertas verdades que son inmutables e incuestionables. Así, el discurso de algunas jerarquías eclesiales y políticas, de algunas corrientes médicas y psicológicas y de otras ciencias, tiende a reforzar un imaginario social donde lo que prima es la noción de “sexualidad igual problema social”, si no se desarrolla dentro de los cánones impuestos. Junto a esta lógica, y en tensión con ella, se observa un discurso muy fuerte en los medios de comunicación social, que insisten en promover la vivencia de una sexualidad como si ella estuviera asociada a prácticas de consumo. De esta manera, mediante la pornografía, el culto a una cierta belleza física, la promoción de una erótica genitalizada, la cosificación de la mujer y a ratos del hombre, entre otras formas, se va promoviendo una sensibilidad social que hace de la experiencia de sexualidad una reducción al cuerpo, construido éste como objeto de compra y venta, reducido éste también a sus genitales.

Así, se ofrece en el mercado la posibilidad de adquirir cierto bienestar en la medida en que se ve, se toca, se penetran cuerpos que deambulan por el imaginario social desprovistos de espíritu, rasgados de los afectos, separados del amor. Se trata entonces de ofrecer la felicidad como objeto de consumo, solamente que en el mismo movimiento que se la oferta, aparece el discurso represor que golpea la mano de quien busca tocar. Aparece el garrote moralizante que desatará su furia contra quien se atreva a participar de este mercado.

¿Cuál es la contradicción? Ninguna, es la tensión propia de una racionalidad neoliberal que se construye sobre el doble estándar: “decimos lo que no hacemos y hacemos lo que no decimos”. Las autoridades de diverso tipo de nuestra sociedad cuestionan, reprimen y muestran voces de alerta ante la existencia de situaciones como la pornografía y el comercio sexual entre otras, pero al mismo tiempo no despliegan voluntad ni capacidad para enfrentarlas desde la comunidad y evitar así los efectos nocivos que ellas tienen, al igual que las grandes redes de enriquecimiento que unos pocos han creado en torno a éstas. Zanahoria y garrote, ese es el eje de la racionalidad dominante en materia de sexualidad. Ella es internalizada por niños, niñas y jóvenes que viven sus experiencias desde el miedo, la culpa o el reventón.

De este modo, la sexualidad, reducida a objeto-cosa transable en el mercado, va perdiendo capacidad de constituirse en motor de vida, en germen de autoestima, en posibilidad de crecimiento y felicidad para las y los sujetos, en especial para las y los jóvenes quienes son altamente bombardeados por los discursos mediáticos que imponen esta racionalidad de sociedad hipergenitalizada. Las mujeres pierden su condición de tal para ser transformadas en bustos, traseros o vulvas, mientras que los hombres son reducidos a su falo o a sus músculos si ellos son “atléticos”. Estos mensajes nos pretenden hacer creer que vivimos en sociedades que se destapan, se abren, se liberan..., a nuestro juicio no son sino otras nuevas formas de encubrir sexualidades reducidas y asociadas al consumo y la deshumanización, a la cosificación y la construcción de un imaginario sexual donde prima el tener-poseer por sobre el ser.

Nuestra sexualidad está siendo reducida a mercancía y a instrumento para la represión, pues a través de ella circulan, desde los dominadores, las señales de lo permitido y lo prohibido, lo sucio y lo limpio, lo sano y lo insano, lo puro y lo diabólico. Sexo sin amor, masturbación, homosexualidad, bisexualidad, vestidos provocativos, tocarse-besarse-mirarse en la calle... Todo pecado, todo ilegal, todo enfermo.

Por esto, asumiendo la necesidad de curar a los enfermos y salvar a los pecadores, Juan Pablo II llamó a los y las jóvenes, en el inicio del verano europeo del año 2003, a vivir la castidad como fundamento de la vida interior, vale decir abstenerse de tener sexo para consagrarse mediante el celibato. Toda una alternativa considerando las crecientes denuncias que han surgido en el último tiempo contra personal del clero católico y de otras iglesias involucrado en casos de pedofilia y violaciones a mujeres, incluidas religiosas. Posteriormente, un teólogo del Vaticano ha escrito “el decálogo de la castidad”, en el cual el dominio sobre los deseos y el impulso sexual aparecen presentados como alternativa para una vida de fe y para acceder al reino.

Por su parte, los legisladores de nuestros países siguen creyendo que, para evitar “los problemas de la sexualidad”, en particular en los y las jóvenes, han de dictar leyes que terminan siendo cada vez más moralizantes, punitivas y que desconocen profundamente los cambios en los modos de vivir las sexualidades en las y los jóvenes.

¿Tienen alguna incidencia en estas racionalidades la mirada, el tono de la voz, el tacto, el aroma, el abrazo, los sueños, el deseo, los afectos, la seducción?

3. Experiencias identitarias en ese contexto. Agudizando la mirada en hombres jóvenes

*Mentira lo que dicen,
mentira lo que da,
mentira lo que hace,
mentira lo que va.
Manu Chao*

Lo señalado hasta ahora, en la línea de un optimismo bien informado, busca articular nociones sobre el contexto caribeño-latinoamericano para rescatar los modos en que las y los jóvenes de sectores empobrecidos se oponen y resisten a estos embates del discurso dominante. Previamente, consideremos al menos dos aspectos que están a la base de esta situación:

1) *La matriz adultocéntrica* que orienta estos modos de relacionarse en nuestras sociedades, donde lo adulto es lo valioso, lo que sirve y existe, mientras que lo juvenil —aquello producido y reproducido por las y los jóvenes— no tiene valor, no sirve y es invisible. De esta forma, a las y los jóvenes se les ningunea, se les saca de la historia y se les posterga para el futuro —el futuro adulto—, momento en que sí podrán opinar, siempre y cuando cumplan con los roles y deberes que se les han asignado[5].

2) *La matriz patriarcal* que sustenta la elaboración de discursos, prácticas e imaginarios discriminadores de lo femenino en favor de lo masculino, produciendo condiciones de desigualdad para las mujeres y quienes han hecho opciones sexuales no heterosexuales. Así, se pone en condición de valor y poder a las y los hombres heterosexuales por sobre las mujeres y otros hombres que no cumplen dicha condición[6].

Estos dos aspectos muestran las luchas de poderes que se dan en nuestras sociedades, tanto en las relaciones generacionales como en las relaciones de género. Si a ello le cruzamos las condiciones de clase, de religión, de raza, de opción sexual, de adscripción (contra) cultural, de condición física, entre otras, nos encontramos con un mundo que se construye sobre la discriminación y la dominación de ciertos grupos respecto de otros. En este mundo, que gira y gira cotidianamente —que Mafalda de Quino desea llevar al médico—, las y los jóvenes van intentando construir sus vidas.

En este mundo que se deshumaniza, las y los jóvenes ven morir sus primeros sueños de niñez, aquellos creados por la fantasía que se golpea de frente contra la miseria y la exclusión. En este mundo antipático y que se vuelve ajeno, las y los jóvenes van construyendo prácticas cotidianas de oposición y resistencia a los modos de ejercer la dominación, y si bien a ratos ellas se mezclan con actitudes en que muestran la internalización de las ofertas dominantes, también hallamos sugerentes y provocadoras apuestas juveniles por construir comunidades democráticas y respetuosas.

Estas tensiones, rechazos y propuestas juveniles no son evidentes, no necesariamente se nos aparecen diáfanos en la mirada. Muchas veces requieren de una segunda mirada, para sacudirnos de los cánones tradicionales, para no leer problema donde existen las potencialidades juveniles, para no leer riesgo social cuando lo que hay es aporte comunitario, para no leer criminalización cuando lo que hay es diversión juvenil, para no leer irresponsabilidad cuando lo que hay es sexualidad vivida alegremente... En la medida que nos sacudimos de los lentes de la dominación patriarcal y adultocéntrica, podemos elaborar lecturas desde las potencialidades de las jóvenes, los jóvenes y sus agrupaciones, que nos permitan ver vida y condiciones de posibilidad en esas experiencias juveniles[7].

La construcción de identidades entonces, se va articulando en este contexto lleno de tensiones, avances, retrocesos, logros y pérdidas. Tales identidades juveniles poseen características de vertiginosidad, impulsadas y contraídas por el propio contexto en que se construyen. Esta vertiginosidad nos lanza una señal de alarma acerca de los modos en que tradicionalmente vemos estas identidades y nos exige nuevas miradas: ellas han de ser dinámicas, heterogéneas, simultáneas y profundas. Si vienen acompañadas de crisis, ello no se debe necesariamente a desajustes hormonales de las y los jóvenes, sino a la historia, mayormente adversa, que día a día y noche a noche les corresponde vivir en los sectores empobrecidos.

En ese proceso tan vital, tan difícil y desafiante, un papel destacado lo cumplen sus semejantes, esos y esas que les consuelan en el dolor, con las y los que ríen cuando llega el tiempo del disfrute, con los que se protegen cuando les toca bailar con lo feo... Ese grupo que contiene y enseña, ese que muestra y acoge, se va transformando en reemplazo de la familia y en alternativa al colegio —aburrido y sin sentido—. Si la realidad excluyente les envía-expulsa a las calles, pues ahí muchas veces resisten construyendo un espacio alternativo al grupo familiar y a la escuela. En ese espacio-comunidad, también lleno de tensiones y búsquedas, se van produciendo las experiencias juveniles en los sectores empobrecidos.

Particular importancia tiene la socialización de lo sexual en ese espacio juvenil, al que los hombres acceden con privilegios, pues las mujeres aún son confinadas a los quehaceres domésticos y al cuidado de sus hermanas y hermanos más pequeños y si salen a la calle, muchas veces ha de ser con la protección de sus amigos hombres o de sus parejas, si es que las tienen. Ahí, en la calle, los hombres jóvenes aprenden “cómo hacerlo” en la intimidad sexual y se configuran las normas —tradicionales y novedosas— que se transmiten entre generaciones de jóvenes.

Estas identidades individuales y grupales se van tejiendo en procesos complejos, donde los estilos (contra) culturales van aportando rasgos de identidades a las y los jóvenes y les permiten tomar posición y ubicarse en el mundo local y a ratos de mayor alcance. Esa toma de posición viene de la mano de la construcción de autoimágenes y de proyectos personales y colectivos. Esos proyectos constituyen un cable a tierra respecto del presente y les perfilan al futuro. Desafío de mayor potencialidad si consideramos el futuro como aquello que son capaces de construir hoy y no como un mañana inexistente y ambiguo. De este modo, las identidades juveniles se construyen en un permanente diálogo con lo que cada cual va viviendo en este momento de su vida y lo que desea desplegar. Dicho diálogo expresa una tensión, un rollo, aquello que posiblemente no se resolverá nunca, pero que alienta a caminar en pos de su solución, aquello que se va transformando en utopía...

Las identidades juveniles son parte de una construcción que acompaña toda la vida y que no se resuelve en una meta llamada ingreso al mundo adulto, sino que se viene formando desde el nacimiento y con seguridad seguirán produciéndose con posterioridad a la muerte.

El desafío es rescatar los aspectos luminosos de las identidades construidas por las y los jóvenes, buscando ahí los aportes para la construcción de comunidades en que la dignidad y la autoestima sean valores a producir cotidianamente.

En el caso de los hombres jóvenes, la construcción de sus identidades de género posee un fuerte arraigo inconsciente en el período preescolar, un refuerzo durante el crecimiento y un estallido en el tiempo de vida juvenil. Todavía en el tiempo de vida adulta —socialmente así definido— es posible que esas identidades tengan modificaciones y ajustes a propósito de nuevas búsquedas o experiencias fortuitas que cada sujeto vive. Esta descripción hace énfasis en el carácter procesual y sin fin de la construcción de identidad.

Por ello, no se trata de una homologación entre madurez = masculinidad y entre inmadurez = patriarcado, como plantean algunos. Cuando se señala esto se supone que los jóvenes le temen a las mujeres y sobre todo a “los hombres de verdad”. Ser joven equivale a no ser masculino, ya que en la psicología del primero se anidarían los temores que más adelante darán cuenta de su inmadurez, de un poder nefasto. Entonces, no se necesita menos poder masculino sino que se necesita más, solamente que a condición de que se trate de un poder masculino maduro. Superar la juventud sería una de las conclusiones que se pueden extraer de este planteamiento, pasar pronto esta “transición” para alojarse en un estado más pleno del ciclo vital: la adultez masculina.

Una dificultad de esta mirada, es que ubica las relaciones de dominación de género en un ámbito de opciones psicológicas individuales, ligadas a la necesidad de rituales que permitan conectar adecuadamente las energías masculinas con los potenciales de una masculinidad madura. Esta oferta descontextualiza la producción de las relaciones de género de las condicionantes históricas y culturales, y las deja a merced solo de las opciones y los recursos que individualmente se puedan desplegar.

Volviendo a la idea de la construcción de la identidad, observamos que ocurre un proceso de rápida adaptación cuando los niños hombres descubren la serie de “privilegios que detenta el rol masculino”. Así, las conductas propias de las mujeres son rechazadas de inmediato. Desde esta diferenciación se va construyendo el universo simbólico y material de las relaciones de género. Así por ejemplo, el tiempo transcurre para la mayoría de las mujeres de una manera diferente que para el grueso de los hombres; la maternidad implica una tensión distinta, una urgencia diferente, que altera el cuerpo y también afecta la condición sociocultural del modo de ser joven. Es común escuchar el reclamo, de parte de ellas, de las menores posibilidades que tienen de acceder a los mismos privilegios masculinos en lo referente a estudios, permisos, trabajo, participación social, etc. Si bien se reconoce el gradual cambio en las relaciones, en los sectores populares tal apertura es menor para las mujeres y se juega la tensión entre las exigencias de la familia, anclados en visiones más tradicionales, con la cotidianidad que muestra la ruptura de esas expectativas con jóvenes embarazadas, salidas del espacio escolar sin terminar los años de enseñanza mínima (en Chile doce años) y temprano acceso al trabajo.

Mirado desde el ciclo vital se pueden reconocer distintos momentos en el proceso de construcción de la identidad masculina. Un primer aspecto definitorio es la relación que el niño establece con su madre, ya que ella estará marcada por la necesaria separación que éste debe vivir respecto de ella. Separación que surge después de un fuerte proceso de identificación y que le indica al niño la necesidad de diferenciarse para establecer su propia identidad, subrayando la diferencia con la madre: distintos cuerpos y roles en el mundo. Esto último le sería señalado por la propia madre que empuja al niño para que asuma su condición de tal, enfatizando su masculinidad en oposición a ella. Las niñas viven igualmente un proceso de individuación y autonomía, no obstante no rechazan a la madre, mientras que el niño generaría su identidad por oposición y contradicción[9].

La relación con el padre se establece de manera diferente por cuanto éste se constituye en modelo ausente, y con una presencia virtual, donde la competencia por el amor de la madre es significativa en la posterior relación con otros hombres. Puede tratarse del padre u otro adulto varón significativo que en ningún caso muestran de forma explícita los roles de adulto, dado que están permanentemente fuera de la casa y que su trabajo es siempre una incógnita para sus hijos. Por ello los hombres recibiríamos un adiestramiento hacia el mundo laboral que implica una identificación apenas posicional y no efectiva, en tanto que las niñas pueden ver y participar de manera directa de los roles domésticos asumidos mayormente por sus madres en los estilos de familia tradicional[10].

Vale decir, en el niño el objeto de identificación primaria es su madre presente, mientras que su nuevo objeto de identificación —su padre— está ausente o separado.

Para suplir esta ausencia el niño se acerca e identifica con modelos de masculinidad lejanos y que están socialmente contruados y transmitidos: futbolistas, héroes de dibujos animados, galanes de telenovelas, artistas, etc. Aparecen como imágenes idealizadas e inalcanzables. La identificación con ellos lleva a tratar de ser algo que nunca podrá ser. De esta manera, la identidad masculina en formación está relacionada con aquello que no es: no existe un referente claro masculino y también lo femenino o las mujeres constituyen una negación: lo que no se debe ser. Debe considerarse además que nos encontramos en un contexto que desvaloriza e invisibiliza lo femenino y da poder y autoridad a lo masculino.

Posteriormente, en el mundo juvenil, la tendencia a la autonomía de la familia por parte del hombre le permitirá dar cuenta de una prueba permanente a la que será sometido: de-mostrar que es hombre. Por ello la violencia, la sobreexaltación de los caracteres considerados masculinos, la lejanía de todo aquello considerado como débil o pasivo y la inclusión de la mentira como elemento que permite fantasear e inventar constantemente el ideal de ser hombre. Un alcance importante atañe a la mentira, pues ella actúa como mecanismo para la construcción de la masculinidad y, al mismo tiempo, es manifestación de ella. Las mentiras serían el dispositivo que acompañan toda la vida a los hombres y que les permite dar cuenta de una cierta necesidad compulsiva, permanente y obsesiva de estar afirmando esa virilidad: siempre dispuesto al sexo, agresivo, activo, no me duele, no me interesa, lo importante está afuera. El problema es tanto la creación de las mentiras como que los hombres necesitamos creer en ellas para sentirnos seguros de lo que construimos. La necesidad de la mentira devela la fragilidad en la construcción de la masculinidad, por su alto nivel de dependencia de la aprobación y aceptación de otros y otras. Es la metáfora del afiche precioso que necesita ser exhibido permanentemente. Pero que cuelga de un alfiler...[11].

En este proceso el grupo de hombres jóvenes en la calle constituye el espacio privilegiado para esta demostración. Será en ese lugar social donde cada joven podrá construirse para otros y ganar aceptación y prestigio. Los cambios corporales llevarán a la necesidad de afirmación y redefinición del proceso identitario vinculado a los cambios corporales y a la ebullición de los impulsos sexuales. Los jóvenes acentúan su machismo, su oposición con el mundo de los adultos y adultas y el peso de los semejantes se acrecienta: fuerza física, exponer conquistas femeninas y mostrar agresividad conforman algunos de los componentes principales. La violencia en el mundo juvenil tiene entre otros factores causales esta necesidad de demostrar fuerza y control por parte de los hombres, que bajo la lógica de “no dejarse pasar a llevar” y de manejar la situación, recurren a la violencia como forma de resolución de conflictos.

El grupo de la calle se constituye en el espacio para la socialización de la masculinidad y de sus expresiones machistas más radicales: irresponsabilidad, indomesticación, conquista, descuido y desprecio por los quehaceres domésticos. En este grupo se establecen los ritos de pasaje de la masculinidad entre los que se cuentan las peleas, las masturbaciones colectivas y hasta hace un tiempo, la primera ida al prostíbulo, que hoy ha tomado otras variantes incorporando directamente relaciones con muchachas de cierta cercanía como competencia ante sus amigos[12].

De esta forma, la masculinidad es una permanente prueba de autoafirmación y de demostración, a los ojos de los demás, de la virilidad heredada por los caracteres sexuales y la hombría construida con dolor y esfuerzo. Las identidades masculinas son el premio al fin del combate, el triunfo sobre las pruebas, la superación del límite difícil de identificación de los cambios corporales[13].

4. Experiencias de sexualidades masculinas juveniles en este contexto: cuerpos enajenados, poder omnipresente y placer castrado

*Me gusta todo de ti,
pero tú no,
tú no
tú no
Joan Manuel Serrat*

En el contexto antes descrito y como un proceso dinámico, los hombres jóvenes van construyendo sus identidades masculinas. En ese camino, sus experiencias de sexualidad se constituyen en un pilar de las identidades en construcción. El estallido de lo sexual en la pubertad y en su período posterior, la pregunta por la orientación sexual que acompaña las decisiones de afectos y vínculos íntimos, los tipos de relaciones de pareja que se constituyen, van configurando un cuadro relacional de sexualidades vividas como permanentes tensiones en los sectores empobrecidos.

Tales tensiones se manifiestan entre las ganas de conectarse a lo placentero que esas experiencias les pueden significar, con las condiciones de carencia que viven y de igual modo con los discursos moralizantes que los

grupos conservadores hegemónicos instalan con fuerza; todo ello les lleva a conectarse más bien con el temor, la angustia y la culpa. Sobre los discursos dominantes ya apuntamos algunas ideas en la contextualización de esta presentación; ahora bien, en cuanto a las condiciones de carencia, ellas se advierten en la dificultad e imposibilidad de acceder a información de calidad en torno al inmenso caudal de novedades que se abren en sus vidas —lo que les lleva a informarse de manera inadecuada, privilegiando la construcción de mitos y mentiras acerca de las prácticas sexuales— y en la falta de medios —especialmente de espacio físico— en los cuales desplegar intimidad consigo mismo y con sus eventuales parejas.

A estas tensiones hemos de agregar la posibilidad de una opción sexual homosexual, la que todavía cuenta con el repudio de buena parte del mundo adulto y sus instituciones, lo que les conduce a vivirla como una opción que ha de esconderse y manifestarse únicamente en ciertos círculos subterráneos y clandestinos. En tanto, las actitudes de los hombres heterosexuales, si bien con mayor apertura que hace décadas, aún sigue siendo conflictiva, puesto que estos hombres homosexuales les recuerdan continuamente aquello que no deben-quieren ser. Por ello, la apertura que mencionamos es todavía discursiva y no se plasma necesariamente en actitudes de respeto y establecimiento de relaciones de compañerismo. Ser hombre joven homosexual en sectores empobrecidos implica en nuestros días una tendencia mayoritaria a la exclusión de ciertos circuitos culturales juveniles, lo mismo que a la reclusión —como encarcelación— de las posibilidades de despliegue de sus opciones sexuales con apertura e intensidad.

En este proceso de experiencias de sexualidad masculina juvenil y de construcción de identidades masculinas, un eje vital lo cumple el cuerpo. En la triada relacional con otros hombres, con las mujeres y consigo mismo, cada hombre joven va produciendo representaciones sociales sobre los cuerpos que aparecen mayormente como cuerpos en disputa. Estas representaciones se nutren, y alimentan al mismo tiempo, de imaginarios simbólicos y prácticas cotidianas que van construyendo un estilo relacional que exige atención ante los modos en que se materializan estas experiencias de sexualidades que hemos venido analizando. Por ello, nos interesa interrogarnos por ¿cuáles son los modos de relación que los hombres jóvenes de sectores empobrecidos asumen con sus cuerpos para vincularse con otras y otros en sus espacios cotidianos?

Una de las manifestaciones más claras de la influencia patriarcal en la conformación de las identidades masculinas, reside en los tipos de relaciones que se enseñan a cada hombre con su cuerpo y con los cuerpos de los otros y otras. Desde las imágenes que han convertido los cuerpos masculinos y femeninos en objetos de consumo, hasta las concepciones religiosas que construyen cuerpos como objeto de culto y veneración, por lo tanto reproducción del templo de Dios. Se observa asimismo la ausencia del cuerpo y lo corporal como parte de las demandas, reivindicaciones y propuestas de muchos movimientos sociales que no han dejado entrar en sus apuestas políticas la intimidad física y el contacto de la piel.

Cuerpo y masculinidades poseen una elevada potencialidad en la construcción identitaria de los hombres jóvenes, puesto que a través de sus imágenes de cuerpos y de los vínculos que establecen con los cuerpos circundantes es que van definiendo buena parte de sus modos de relaciones de género. Al mismo tiempo, y desde la potencialidad enunciada, un eje relevante para la construcción de alternativas políticas de resistencia en perspectiva de liberación pasa por la construcción de nuevos modos de relación con esos cuerpos y nuevas valoraciones de las posibilidades que desde ahí se abren.

Al menos tres relaciones abordaremos en esta reflexión. Son intuiciones investigativas que se nutren de las conversaciones con hombres jóvenes de sectores empobrecidos. Buscamos abrir y problematizar una temática invisible en nuestra sociedad occidental, pero invisible por mal hablada.

4.1. Cuerpos enajenados

Una de las ideas fuerza con las que se van configurando las identidades masculinas juveniles se vincula con la instauración de un tipo de relación de cada muchacho con su propio cuerpo; esta relación está mediada por un imaginario que destaca la noción de cuerpo como instrumento para hacer. Ese instrumento es el que le permitirá relacionarse con otras y otros, fijar las distancias necesarias —por cercanía o lejanía— para configurar sus afectos, temores, deseos y rabias. Es decir, su cuerpo aparece en un primer momento como un instrumento para la expresión de sus sentimientos y sensaciones, pero la socialización patriarcal le ha llevado a dejar fuera de esas sensaciones y sentimientos a expresar, en especial aquellas que culturalmente se asocian a lo femenino, como la ternura, la pena, el dolor, la incertidumbre, la inseguridad y negarse, por lo tanto, a vivirlas como una posibilidad también masculina.

En ese sentido, el instrumento cuerpo va recibiendo una serie de estímulos que inhiben estas expresiones para no parecer como pasivo y por consiguiente feminizado, y se tiende a sobreactuar aquellas que le permitan demostrarse como activo, fuerte, recio, entre otras. El instrumento cuerpo, entonces, es resultado de la producción simbólica patriarcal, pero al mismo tiempo la expresa y reproduce en una condensación de negación del sujeto joven varón.

Esta instrumentación del cuerpo masculino se acentúa por la falta de conciencia de éstos de que poseen un cuerpo, porque la relación que se les enseña-impone tiende más bien a posicionarles como externos a sus cuerpos, o si se quiere a esos cuerpos como algo exterior, no íntimo, no propio, incluso no vinculado con su ser.

Este proceso no solo transcurre en la intimidad de la vida personal o de pareja, sino que se expresa en los diversos modos de relación que se establecen cotidianamente en espacios de casa, calle, escuela, trabajo, organización, iglesia, partido, etc.

Hombres sin cuerpo, aunque a la vez con sus cuerpos como instrumento principal. Por una parte, hombres enajenados de sus cuerpos por cosificación de los mismos para establecer relaciones. O sea, su cuerpo reitera la instrumentalización en tanto es usado como un objeto que permite aparecer y ser en público ante las y los demás. Su cuerpo le expresa, por ello la imagen tiende a responder a lo que desde las agencias de socialización se le impone, vale decir, hombres centrados en la fuerza y la conquista. Su cuerpo es su carta de presentación que se debate —usando imágenes polares— entre la magnificencia de un luchador y lo impecable de un ejecutivo bancario. Ambos remiten al joven de sectores empobrecidos a un imaginario de cuerpo que difícilmente se logra, pero que en la cotidianidad se esfuerza por cumplir[14].

Por otra parte, esta instrumentalización se verifica como hombres enajenados de sus cuerpos por ausencia de vínculo íntimo, esto es desconocimiento de lo propio. Por ejemplo, las experiencias de masturbación refuerzan esta situación, pues ellas suelen centrarse en caricias nada más a su pene, por lo que otros posibles rincones de placer, en su propio cuerpo, no son ni abordados ni reapropiados.

Este desconocimiento, no saber cómo es, cómo funciona, qué tiene su cuerpo, se centra con frecuencia en el miedo al cuerpo masculino, aprendido en el límite de la construcción de su masculinidad heterosexual esperada socialmente. Es tan fuerte la presencia del fantasma que acosa dicha construcción, que se opta por evitar cualquier contacto con otros hombres y también consigo mismo.

Esta relación con su cuerpo se refuerza con el proceso de enajenación del cuerpo de otros y otras. Ya hemos señalado, y podemos profundizarlo un poco más, que se tiende a evitar el contacto con otros hombres, el contacto que se elude sin embargo es el de la intimidad, el de la caricia, el que nos puede feminizar y volver homosexuales. Por ello, en este ámbito de la enajenación, el golpe, el palmetazo, la patada se vuelven necesarias para mantener la distancia, evitar la cercanía y al mismo tiempo (de) mostrar la fuerza y la actividad. Por ningún motivo puede abrirse una experiencia erótica entre hombres.

Tal como indicamos, buena parte de la violencia juvenil, mayormente masculina, puede explicarse sobre todo por una necesidad de fijar diferencias con otro al que debo aniquilar para reafirmar mi propia identidad. A la vez que mato al diferente, con la violencia sobre otros construyo una imagen de conquista que feminiza —vuelve pasivo y derrotado— al contrincante construido, es decir me construyo como héroe, gano la batalla, gano en hombría, refuerzo mi virilidad. Cuerpos enajenados que no se encuentran, y si lo hacen están montados en sus cabalgaduras, vestidos con armaduras y simulan tocarse a través de las puntas de sus lanzas.

En la relación con las mujeres y sus cuerpos esta enajenación origina estilos de vínculos marcados por una erótica, que en su verificación va deshaciéndose-negando las manifestaciones de ternura y entrega. Se reduce el cuerpo femenino a aquello que culturalmente se ha construido como objeto de pecado social y, al mismo tiempo, placer masculino. Las mujeres van siendo reducidas por los imaginarios a su vulva, su trasero y sus senos. Son estos íconos femeninos los que adquieren importancia casi exclusiva para la mirada masculina, que no logra ser horizontal sino que está condicionada a ser diagonal y hacia abajo, a la altura de las caderas.

Dentro de este ámbito se desarrolla una relación de externalidad con el cuerpo de la mujer, ya que se desea poseerlo y no conocerlo. Dicha posesión está marcada por la cosificación y utilización que despersionaliza al cuerpo e invisibiliza a la mujer, volviéndola un objeto de placer, negando afectos, sentimientos y las historias que se portan. De esta manera se va confundiendo la amistad posible con llegar a la cama a tocar y penetrar. Se imposibilitan conexiones con otros ámbitos de sus vidas —la propia y la del otro u otra— y la relación se va reduciendo a cuerpos que se vinculan sin afectos, como intercambio y trueque de mercancías de piel sin sensibilidades.

El espacio más ambiguo en la sexualidad masculina juvenil es el de la protección ante el embarazo y el SIDA. Ellos realizan una división sexual de las responsabilidades, puesto que plantean que a la mujer le corresponde hacerse cargo de los anticonceptivos orales (pastillas) “porque ella se las toma”, mientras que a los hombres les corresponden los preservativos “porque él se los pone”.

Estos cuerpos enajenados son una forma, sexual, o si se quiere sexoide, de negar el sujeto, de impedir su emergencia y despliegue.

4.2. Cuerpo sin placer

En esta relación, y siguiendo lo anterior, encontramos experiencias juveniles de ausencia de placer. Un primer elemento a debatir es la permanente y generalizada confusión entre eyaculación y orgasmos en el mundo masculino, y particularmente en el mundo juvenil de sectores empobrecidos. Es tal el desconocimiento de las propias potencialidades y capacidades masculinas de experimentar placer, que la asociación más directa a esto refiere a lo que se denomina orgasmo y ello aparece como sinónimo de eyaculación.

Vamos por partes. La eyaculación es producto de una reacción que, fruto de una excitación que va en aumento, produce en un momento máximo la salida de esperma, en algunos casos acompañada de contracciones

pélvicas. Eso, que es una condición biológico-física del varón, no necesariamente implica la experimentación de orgasmo. Aquí nace una confusión que no se resuelve apenas poniéndola por escrito, sino que se aborda interrogándose, por ejemplo: ¿cómo son los orgasmos masculinos?, ¿podremos experimentar orgasmos sin eyaculación?, ¿qué es lo que produce orgasmos en los hombres?

Si la eyaculación no es sinónimo de orgasmos, entonces podemos preguntarnos qué son los orgasmos. En este momento de la reflexión podemos establecer el vínculo con el placer, toda vez que los orgasmos nos aparecen como una forma física de placer, en la que el cuerpo masculino se entrega a la posibilidad de contacto e intimidad con otro u otra con quien busca experimentar la dicha.

Placer como encuentro, pieles desbordando, sensaciones emergiendo desde adentro hacia fuera y recogiendo lo que tú mismo, el otro u otra van pegando a tu propia piel, a tus propias entrañas. Placer como entrega y desvanecimiento de las ataduras y armaduras, placer como apertura al vacío que se produce de buscar no se qué incertezas. Placer como pérdida de control, como soltar el timón y dejarse llevar. En este ámbito percibimos confusiones que requieren ser abordadas.

Este placer no se obtiene únicamente en lo que se denomina en nuestra mal hablada el acto sexual. Placer que no puede ser reducido a los coitos —o sea, relaciones sexuales con algún tipo de penetración— sino que ha de ampliarse a la experimentación y conocimiento de los diversos rincones de placer que cada hombre posee en su cuerpo.

Esos rincones permanecen, en la mayor parte de los hombres jóvenes de sectores empobrecidos, como ignorados. La socialización patriarcal de género ha centrado la sexualidad masculina en su pene, generando un imaginario falocéntrico que le hace ver en su miembro —en particular cuando está erecto— la espada de He Man que salvará al mundo. Por eso los miedos al tamaño pequeño, porque pone en cuestión una condición vital de la masculinidad en construcción, su potencial sexual, que es medida en la racionalidad patriarcal por el rendimiento de su falo en coitos sucesivos y públicamente en la cantidad de hijos e hijas que se reconoce tener.

Esa centralidad en el pene lleva a ignorar otras zonas del cuerpo, las que no son indagadas. El cuerpo masculino se convierte en un conjunto de rincones invisibles, a los que se les desconoce y sobre todo no se les reconoce la capacidad de producir placer. Así, dedos de los pies, espalda, axilas, glúteos, rodillas, nuca, manos, perineo, lengua, cabeza, entre otros, no son conocidos ni imaginados como lugares de placer y si se les considera, es principalmente como el precalentamiento rápido y breve para tener el placer que sí estará en el coito, vale decir en la penetración (en Chile se habla de sexo express, como alternativa ante la vida agitada de la ciudad).

Lo anterior nos lleva a la pregunta que ya mencionamos respecto a si un hombre podrá tener placer y orgasmos sin penetración. ¿Será que ella es inevitable y condición para el placer? A la confusión que ya señalamos podemos agregarle esta ignorancia sobre los cuerpos masculinos.

Otra forma de negación de este placer reside en el temor, que ya hemos apuntado, manifiesto y latente a la homosexualidad masculina. En este caso, un hombre que se define como heterosexual se inclina a ver la penetración anal, de parte de la mujer hacia el hombre, como una práctica no posible en la pareja. Esto es, por más que sea la pareja mujer con la que está en vínculo, la penetración anal es representada como práctica de feminización, pasividad y ser poseído o poseída para quien es penetrado. Ni siquiera es aceptada como juego sexual y cuando es referida, a manera de pregunta, como posibilidad, provoca risas, chistes y finalmente miradas sospechosas acerca de la posible orientación homosexual de quien la instala en la conversación.

Al mismo tiempo, la experiencia del coito se representa para ellos como la búsqueda de posesión sobre otra u otro, como castigo más que como placer y entrega. Es el símbolo de la penetración construido socialmente a través de siglos de dominación patriarcal, como un acto de conquista y sometimiento de quien penetra hacia quien es penetrada o penetrado. Por ello, en nuestro lenguaje cotidiano existen en cada país y región formas lingüísticas que aluden con groserías a la penetración como un acto de subordinación, de imposición de fuerza, incluso de castigo. Es un acto de poder, de control, en definitiva de dominación.

De este modo, el cuerpo masculino se va mutilando, va perdiendo rincones para quedar castrado y apenas remitido a un artefacto-cosa que se empleará para cumplir la tarea socialmente demandada y hacerlo con la capacidad esperada. Desde aquí se asume que el hombre debe dar placer a la mujer, mientras el suyo solo depende de sí mismo, y si ella aporta, que no sea sobrepasando los límites de lo activo-pasivo ya señalado. Es un hombre hecho de partes, inconexas entre sí.

4.3. Cuerpos castrados

Cuerpos que no se entregan por temor, cuerpos que se protegen ante fantasmas que van generando cada vez más soledad e inseguridad. Se copula muchas veces, con diferentes mujeres u hombres, mas no necesariamente se consigue felicidad y placer. Más bien el sentimiento reconocido en ellos es el de la soledad, una cierta desprotección afectiva, algo queda faltando en su interno. Por ello muchas veces contar —echar cuentos— de sus conquistas les permite racionalizarlas y no conectarse con lo que les pasó en esa experiencia, sino centrarse en lo que hicieron, cómo lo hicieron, cuántas veces lo hicieron y no en lo que sintieron, percibieron. Es la negación del vacío que acompaña a sus experiencias de intimidad.

Sujeto que niega su posibilidad de placer, sujeto que se repliega e inhibe en sus posibilidades de despliegue. Sujeto que no conecta sus afectos al placer, sujeto que no deja a su cuerpo ser generador de placeres propios y placeres compartidos[15].

4.4. Cuerpo poderoso

Este miedo a experimentar nuevas sensaciones y a ser poseído, lleva a muchos hombres jóvenes a no darse la posibilidad de un encuentro donde puedan ser llevados y conducidos por su pareja a experiencias de placer. Dejarse hacer es significado como un modo pasivo de relación que quita control, pues otro formato de estas representaciones se relaciona con la tensión de modelos que están a la base de los conflictos de poder que enfrentan en estos momentos de sus vidas.

En esa tensión de modelos, la imagen del hombre que conquista para seducir y “llevar a la cama”, se plantea también respecto de como “hacerlo en la cama”. Además de territorios —la calle—, mujeres —la pareja—, se conquistan asimismo los espacios de relación cotidiana. Se imponen las ideas, se lleva la iniciativa, se crean vínculos de dependencia económica. En la intimidad del vínculo de cuerpos que se buscan con deseo, la disposición a controlar y hacer, a llevar la batuta y ordenar es una condición de posibilidad para los hombres jóvenes, porque ello les permite “hacerle el amor” a su pareja.

Esta experiencia de poder se alimenta de aquella que se manifiesta en los diversos ámbitos de la cotidianidad de cada sujeto joven, la intimidad no es otra cosa que el resultado de tal cotidianidad. Por eso se puede violar a la pareja —“tirársela aunque de maña”— es decir, penetrarla aunque no quiera, usar la fuerza, imponerse. Por eso se puede tocar y abrazar a todas las mujeres posibles, no obstante se le impide a la pareja mujer que sea tocada-abrazada por otro varón. Estas expresiones masculinas nos hablan de hombres bien hombres, esto es aquellos que cumplen a cabalidad con lo esperado: ser reproductores.

Simultáneamente han de ser buenos como hombres, vale decir, cumplir sus roles de protectores y proveedores. Esta última cuestión es cada vez más incierta y difícil para los jóvenes de sectores empobrecidos, ya que la organización de la economía de mercado con ideología neoliberal, tiende a expulsarles de las posibilidades de conseguir el sustento para su grupo familiar. Por ello necesita sobre actuarse en otros planos; así, en el de la reproducción aparece como muy seguro y potente, puesto que en lo económico está puesto en cuestión. Bien hombres y buenos como hombres, dos posibilidades para consolidar su poder.

Poder remite en la experiencia de cuerpos masculinos al afianzamiento de los privilegios, el estatus y las ventajas que el contexto patriarcal impone. Se trata de cuerpos en disputa que producen poderes en disputa. Las capacidades de resistir de muchas mujeres jóvenes a estas situaciones, han suscitado interesantes cuestionamientos a estas prácticas que ponen interrogantes a estos estilos de relaciones. Una cuestión interesante es este poder omnipresente masculino, que queda en evidencia cuando es delatado-develado en sus formas latentes. Por ejemplo, por medio de actitudes que han sido naturalizadas y asumidas como parte integrante de la convivencia humana, y en particular entre géneros: hombre que necesita — mujer que satisface; hombre activo — mujer pasiva; hombre público sin propietaria — mujer propiedad privada de su pareja. La omnipresencia refiere tanto a un poder totalizador, como a una suerte de naturalización de lo que es mostrado como algo que siempre ha sido así; fatalismo estructural, por lo tanto imposible de cambiar.

Al mismo tiempo, el poder se manifiesta respecto de sí mismo con la imagen de poseer un cuerpo rudo que tiene aguante. Por ello es posible el reventón, el desmadre en las cantidades de consumo (volumen e inmensidad). Quien más aguante (de) muestre, mayor reconocimiento y admiración ganará en su grupo o espacio social. El cuerpo al servicio de ese objetivo, ganar prestigio en el medio[16].

Los cuerpos masculinos, experimentados como hemos relatado, permiten la construcción de relaciones de poder que originan violencia, posesión y muerte en vida para las mujeres o para muchos hombres con opción homosexual. Para los propios varones, sus cuerpos les significan enajenación de sí mismos y de otras y otros; mutilación y castración de placeres sexuales; relaciones de poder autoritarias.

De esta forma, la construcción de identidades masculinas termina siendo un simulacro para los jóvenes, una (sobre) actuación en que prima una falsa identidad fundada no en lo que se es, sino en lo que socialmente se espera que sea. Sujeto que no es, sujeto que simula ser lo que le han impuesto. Sujeto que se construye sin pérdida de los privilegios que nuestra sociedad patriarcal les ha dado.

5. Desafíos para las prácticas organizativas y educativas: humanidad, placer y liberación

*Tengo un corazón,
mutilado de esperanza y de razón.
Tengo un corazón,*

Hemos resaltado en esta presentación el carácter procesual y dinámico, por lo mismo cambiante y heterogéneo, que tiene la producción de identidades masculinas juveniles. Es importante en ese contexto considerar las posibilidades que se abren para fortalecer las incipientes, y a ratos contradictorias, opciones que los hombres jóvenes plantean. Esto porque a pesar de la criticidad con que hemos abordado la relación de cuerpo, poder y placer en ellos, de igual modo podemos afirmar la existencia de algunos balbuceos iniciales de experiencias diferentes y alternativas a las que analizamos.

De ninguna manera, esas prácticas o discursos tartamudeados por algunos hombres constituyen modelos explícitos o masivos, son más bien la respuesta a menudo atolondrada y tímida ante las exigencias y los desafíos que los procesos vividos por las mujeres van planteando. Por ejemplo, que la conquista ya no solamente es masculina, que la iniciativa en la intimidad sexual se puede compartir, que ellas pueden dirigir y conducir procesos políticos, que las compañeras pueden llevar el peso de la economía doméstica, que tienen derecho al placer, que ellas son inteligentes y capaces de elaboración teórica, entre otras manifestaciones de nuevos modos de expresión femenina en nuestras sociedades.

Estos balbuceos son una buena noticia, constituyen una apertura de posibilidades para que la resistencia de algunas se convierta ahora en resistencia de ellas y ellos, para comenzar a elaborar alternativas a la masculinidad tradicional, tanto en los espacios propios de la cotidianidad como en las distintas expresiones de la organización social. En ese sentido se propone pasar de la disputa patriarcal y adultocéntrica que recae sobre los cuerpos masculinos en la construcción de sus identidades, a una disputa ahora por nuevos modos de apropiación de sus cuerpos como posibilidad de humanización, ejercicio de otros poderes y de liberación. La experimentación de placeres sexuales en hombres jóvenes, puede ser una señal a considerar en el camino de reconstitución de estos sujetos que se empoderan en sus vidas.

Dado que el modelo que existe y se impone es el tradicional y hegemónico de masculinidad, asentado en las nociones patriarcales de relaciones sociales, la pregunta que surge en ellos es ¿cuál modelo seguir?; aunque podríamos contra preguntarles ¿por qué habría que seguir un modelo y no recrear continuamente los modos de ser y de hacer? Junto a lo anterior, los hombres jóvenes se plantean el interrogante: ¿estoy dispuesto a perder los privilegios de la masculinidad tradicional?. Esa es la tensión, *entre ser lo que ofrece el modelo adultocéntrico y patriarcal o construir estilos propios, nuevas formas de relación consigo mismo, con las mujeres y con otros hombres, asumiendo las posibles pérdidas de privilegios en ese intento.*

O sea, el interrogante es una pregunta por el poder, por la capacidad de construirlo en los diversos ámbitos de vida, la capacidad de tener decencia y crecer en autonomía como sujeto. ¿Están las y los jóvenes dispuestos a construir ese poder colaborativamente? Esta situación ha de ser examinada en vista de la fuerte tensión que emerge al indagar acerca de la coherencia entre los discursos de estos jóvenes y las experiencias cotidianas que viven. Algunas investigaciones muestran como hoy se avanza mucho más rápido en la capacidad de repetir discursos presentados como alternativos a las masculinidades hegemónicas tradicionales, que en la transformación profunda y sostenida de las relaciones de los hombres jóvenes, con las mujeres, con otros hombres y consigo mismo.

Así pues, proponemos impulsar procesos de concientización en el mundo juvenil masculino —y femenino— sobre estas nuevas posibilidades. Para ello es necesario considerar algunos de los desafíos que se plantean en específico para los hombres jóvenes. En términos globales podemos decir que soñamos con conseguir:

- identificar y asumir la desprotección afectiva para enfrentar la sobreactuación y caricaturización del ser *bien hombre o bueno como hombre*,
- desafiarse a construir identidad para ser *un buen hombre*.

Volviendo sobre las relaciones que se establecen con los cuerpos masculinos, de parte de los propios varones jóvenes, planteamos la gestación de alternativas desde tres relaciones de nuevo tipo: ante cuerpos enajenados construir cuerpos reapropiados; ante cuerpos con poder omnipresente construir cuerpos que sean colaboradores; ante cuerpos con castración del placer construir cuerpos gozadores y placenteros. Para cada una de estas relaciones, balbuceos de alternativas, trazamos algunas pistas que reiteran y muestran sueños surgidos desde los discursos juveniles masculinos:

Cuerpos reapropiados

- promover y fortalecer conductas que animen la expresión afectiva corporal;
- conocimiento de las propias cosmovisiones masculinas;
- activarse ante sus derechos sexuales y derechos reproductivos como varón;
- hacerse responsable de la decisión por continuar o no teniendo hijos-hijas e intervenir su propio cuerpo, no siempre el de su compañera.

Cuerpos compartidos

- resolución de conflictos por métodos no violentos y de colaboración;
- conocimiento y respeto de las cosmovisiones femeninas;
- quitar la presión social por (de) mostrar que se es hombre;
- participación activa en los quehaceres domésticos y la crianza de hijos e hijas;
- articulación de relaciones de pareja horizontales y democráticas;
- compartir y aceptar el aporte femenino a la provisión del grupo familiar;
- aceptación de la participación protagónica de la mujer en espacios y organizaciones sociales, políticas y pastorales.

Cuerpos placenteros

- reconocimiento del cuerpo masculino y sus posibilidades de placer y expresión;
- disposición a entregarnos en el amor, la afectividad y la intimidad sexual;
- conocer los rincones de placer de sus cuerpos.

La posibilidad de compartir decisiones también es expuesta por los hombres jóvenes como un ideal a vivir, lo que abre un camino, tanto en el día a día, como en la noche a noche de la vida juvenil. Lo mismo en lo que refiere a la violencia en la pareja, que constituye un supuesto de muchas investigaciones de masculinidad. Ella no es aceptada entre los hombres jóvenes[17], sin embargo sí aparece en otros ámbitos de las relaciones diarias. Con todo, su planteamiento es que no están de acuerdo y no la comparten, por lo que se abre la posibilidad de generar procesos de resocialización y apertura a la ternura, al dialogo y al respeto de lo diverso distinto de mí, aunque no por eso desigual. A diferencia de las generaciones anteriores, existe hoy una disposición que debe convertirse en acciones concretas de parte de los hombres jóvenes de sectores empobrecidos.

Un elemento central orientador de dichas posibilidades y desafíos es la certeza de que tal como la masculinidad tradicional surge y se consolida en la historia, como un estilo de relaciones que niega la dignidad de hombres y mujeres, es posible entonces desde la gestación de una corriente contracultural, contraproponer actitudes, valores y estilos de relación que vayan en la perspectiva de una masculinidad alternativa. Las posibilidades de construir nuevas formas de relaciones de género en las que hombres y mujeres se constituyan como sujetos en proceso de permanente liberación, es una condición de posibilidad para ese carácter alternativo que se pretende encontrar. Lo anterior adquiere consistencia política si agudizamos la mirada sobre las relaciones sociales que se originan y reproducen cotidianamente. En ese marco, la pregunta por el poder que se está construyendo en las relaciones de género ha de ser el prisma para intervenir políticamente. Esto porque se ha llegado a una cierta folclorización y vaciamiento de contenido de algunas demandas hacia los hombres y respecto de las relaciones de género. En Chile por ejemplo, se habla de los “hombres metro-sexuales” para presentar una alternativa masculina al patriarcado tradicional. No obstante, tal experiencia se reduce a hombres que se preocupan de su presentación física (peluquería, manicure, combinaciones de ropa) y que ayudan a las mujeres en los quehaceres domésticos. Lo primero remite a una provocación consumista, que para los hombres jóvenes de sectores empobrecidos es una burla y una imposibilidad, y lo segundo no cuestiona las relaciones de poder autoritario que caracterizan al patriarcado, más aún, aparece como una forma nueva —en contexto neoliberal— de encubrir formas antiguas de dominación.

Las identidades de género y de generación, ser hombre joven, junto a los aportes de la clase: ser hombre joven de sector empobrecido, señalan un conjunto de atributos que van mostrándose con claridad día a día y exigen de la investigación social y la acción comunitaria una atención particular. La mirada hacia o desde este sector debe buscar ser caleidoscópica, única posibilidad para dar cuenta de su riqueza y pluralidad.

Notas

[1] En este texto se recogen algunas ideas fuerza presentadas en el Encuentro sobre Género organizado por el DEI, en el mes de diciembre del dos mil tres. También en el Primer Encuentro Caribeño por los Derechos Sexuales y Reproductivos de Jóvenes, organizado por el Grupo Germinando Ideas y la Colectiva Mujer y Salud en República Dominicana, en el mes de septiembre del mismo año.

[2] Educador popular y sociólogo chileno. Docente de la Universidad de Chile y de la Universidad Jesuita Alberto Hurtado. cduarte@uchile.cl

[3] Moulian, Tomás. *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago de Chile, Lom Ediciones/Universidad

ARCIS. 1997.

[4] Programa Caleta Sur. Trabajo comunitario y poder... *La irresistible juventud: Territorios populares y seguridad ciudadana*. Santiago de Chile, 2004.

[5] Duarte, Klaudio. *Juventud Popular. El rollo entre ser lo que queremos o ser lo que nos imponen*. Santiago de Chile, LOM Ediciones, 1994.

[6] Montecino, Sonia. "Devenir de una traslación: de la mujer al género o de lo universal a lo particular", en Montecino, S. y Rebodello, L. *Concepto de género y desarrollo*. Santiago de Chile, PIEG -Universidad de Chile, 1996.

[7] Duarte, Klaudio. "¿Juventud o juventudes? Versiones, trampas, pistas y ejes para acercarnos progresivamente a los mundos juveniles", en *Pasos* (San José, DEI) No. 93 (enero-febrero, 2001).

[9] Callirgos, Juan Carlos. *Sobre héroes y batallas. Los caminos de la identidad masculina*. Lima, Escuela para el Desarrollo, 1996.

[10] *La salida de la mujer al mercado laboral no reduce este ámbito, pues lo que ha implicado es la duplicación-triplicación en algunos casos, de su jornada de trabajo y deberes. No necesariamente ha incidido en mejor distribución de tareas y responsabilidades con sus parejas hombres en la crianza.*

[11] Salas, José. "La mentira en la construcción de la masculinidad", en *Revista Costarricense de Psicología* (San José) No. 24 (1996).

[12] Rebolledo, Loreto. *Género y espacios de sociabilidad. El barrio, la calle, la casa....* Santiago de Chile, PIEG-Universidad de Chile, 1998.

[13] Duarte, Klaudio. *Masculinidades juveniles en sectores empobrecidos. Ni muy cerca ni muy lejos, entre lo tradicional y lo alternativo. Tesis para optar al Título de Sociólogo*. Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1999.

[14] *Es necesario considerar que existen otras imágenes, pero a modo de ilustración usamos esa polaridad.*

[15] *No lo desplegamos ahora por espacio, sin embargo hemos constatado la queja de muchos hombres jóvenes en diversos talleres, en el sentido de que esta imagen de hombre falocratizado es también la que tienen muchas mujeres que no buscan más allá que el coito y su pene. El temor a ser considerada prostituta planteado por las compañeras mujeres, complementa esta queja masculina.*

[16] Abarca, Humberto. "Crónicas del aguante", en: *En hombres: identidades y violencia* (José Olavaria, editor). Santiago de Chile, FLACO-Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Red de Masculinidad/es Chile, 2001.

[17] *Esto necesita ser confrontado con las víctimas materiales de la violencia, las mujeres jóvenes, niñas y niños.*